

Llamarlos a todos por su nombre

Cuerpos y violencia en el México de hoy

Lorenzano, Sandra. Universidad Nacional Autónoma de México, slorenzano@gmail.com

Eje 1: Cuerpo, política y crueldad

Tipo de trabajo: ponencia

Palabras claves: México, fronteras, migrantes, testimonio, violencia.

Resumen:

Dar testimonio de la violencia que atraviesa a México en este momento de la historia es para los artistas y creadores de nuestro país no sólo una responsabilidad, sino sobre todo un compromiso ético. Si los verdaderos testigos ya no pueden testimoniar, les corresponde al arte y a la cultura convertirse en su voz, darles palabras e imágenes que eviten que sus nombres, sus historias, sus rostros, sean olvidados. Y a la vez buscar así que los crímenes no queden impunes.

Ante la ausencia de registros legales de las historias del horror, el arte y su trabajo de simbolización pueden sentar las bases de la memoria social. Si el castigo infligido por los poderes es siempre arrebatar la identidad a las víctimas, al grado de desollarlas o mutilarlas para que no puedan ser identificadas, el nombrar es un acto de humanidad, de justicia, de piedad. “Yo quisiera mencionarlos a todos por su nombre”, escribió Ana Ajmátova. Y la literatura mexicana actual se hace eco de este deseo,

Setenta y dos migrantes en San Fernando, Tamaulipas, cuarenta y tres estudiantes en Ayotzinapa, cuarenta y nueve niños en la guardería ABC, casi mil mujeres asesinadas en Ciudad Juárez, cien mil muertos, treinta mil desaparecidos, seiscientos mil desplazados. Los números cambian - ascienden y descienden según quien los enuncie, mientras el presidente sigue sosteniendo que “bajan las cifras de violencia en el país”-, se enciman, se superponen, y se vuelven así borrosos, confusos, pierden densidad.

Los cuerpos que han pasado por la infernal máquina del horror que impera en el territorio mexicano reaparecen hoy en las obras literarias (novelas, cuentos, poemas, periodismo narrativo) como figuras de una resistencia espectral.

Nombrarlos a todos para decir: este cuerpo podría ser el mío. El cuerpo de uno de los míos. Para no olvidar que todos los cuerpos sin nombre son nuestros cuerpos perdidos. Me llamo Antígona González y busco entre los muertos el cadáver de mi hermano. Sara Uribe, Antígona González

1.

“Nadie duerme en el tren,/ sobre el tren./ Agarrados al tren/ todos buscan llegar a una frontera,/ a un sueño dibujado como un mapa con líneas de colores:/ una larga y azul que brilla como un río/ que ahoga como un pozo./ Atrás quedan los niños y su interrogación,/ las manos destrozadas de las maquiladoras/ que en un gesto invisible/ dicen adiós,/ espérenme,/ es posible que un día me encarame a un vagón”.

Éstos son los conmovedores versos del poema “La Bestia” del poeta granadino Daniel Rodríguez Moya. El poema tiene un subtítulo entre paréntesis: “The American way of death”. Un subtítulo que da cuenta de las muertes que se concentran en la frontera sur de México.

Solemos hablar mucho de la frontera norte, de los 3152 kilómetros que compartimos con nuestros poderosos vecinos, de la famosa frase atribuida a Porfirio Díaz, “Pobre México, tan lejos de dios y tan cerca de Estados Unidos”, de las leyes migratorias, de las deportaciones, de la violencia de la patrulla fronteriza y los *red necks*, etcétera, etcétera, pero se nos olvida mirar hacia el sur. Como decía aquel viejo poema: “El sur también existe”. Para hacerlo evidente, el pintor uruguayo Joaquín Torres García dibujó en los años 30 un mapa otro, un mapa que puso en escena el carácter político que tiene el considerar siempre al sur abajo; ¿abajo de qué? De un norte poderoso, violento, dueño de los recursos económicos y apropiador de los recursos naturales.

¿Cuál es el norte en este marasmo de cuerpos jóvenes arrancados a la vida? ¿Cuál es el norte? ¿Dónde está el sur? Y sé que no habla de geografía. “Los cuatro puntos cardinales son tres –escribió Huidobro-: el norte y el sur”. Todos somos sur: los migrantes, los desplazados, los mutilados, los secuestrados, los que perdieron su tierra, los que perdieron hermanos, los que viven en ciudades perdidas, en villas miseria.. Somos el sur quienes hablamos español donde no se puede, donde no se debe, o náhuatl o purépecha, o tzotzil o aymara. Tendría que escribir “margen” y volverlo centro. Tendría que escribir “el margen es nuestro sur”.

Hoy el mapa de Torres García sigue tan vigente como en el momento en que lo creó, y podríamos sumarle tantas otras imágenes similares. Yo propongo éste para hablar de la otra frontera:

En esa frontera de 1,149 kilómetros que apenas ahora los mexicanos estamos empezando a mirar los datos son aterradores. *Aunque no existen cifras oficiales, se estima que anualmente ingresan por allí de manera irregular entre 150 mil y 400 mil migrantes, según las fuentes, con la intención de llegar a EUA. En su mayoría estos migrantes son centroamericanos y sudamericanos. Debido a que no cuentan con papeles, no existe un registro certero de datos. La edad promedio de la población que migra es de 26 años, y está, por supuesto, en busca de trabajo.*

Se habla de una feminización de la migración, debido a que cada vez mayor número de mujeres migran como cabeza de familia y no como dependientes de sus parejas. De acuerdo con el Instituto para las Mujeres en la Migración, IMUMI, a pesar del pleno reconocimiento de los derechos humanos de las mujeres migrantes en la legislación

nacional e internacional, muchas mujeres que transitan por territorio mexicano no denuncian los abusos de los que son víctimas, debido al desconocimiento de sus derechos o por el temor a ser detenidas. Sufren agresiones físicas, abusos sexuales, secuestros, extorsiones, maltratos por parte de civiles como de las propias autoridades o son reclutadas por grupos de la delincuencia organizada que se dedican a la trata de personas.

Por supuesto, el problema en la frontera sur no son sólo los delincuentes sino también (¿sobre todo?) las leyes de nuestro país. Una noticia de octubre de 2015 dice que el Programa Frontera Sur, creado por el gobierno federal, dispara deportaciones y riesgos para migrantes. Detenidos en siete meses, 92 mil 889 indocumentados; la migrante estadounidense arrestó a 70 mil 448. Es decir que México le está haciendo el trabajo sucio a Estados Unidos en su frontera.

En su informe de 2010, Amnistía Internacional dio a conocer que alrededor de 10 mil migrantes centroamericanos habían sido víctimas de asaltos, extorsiones, secuestros y violaciones en su trayecto por México.

2. Dar testimonio de la violencia que atraviesa nuestro país en este momento de la historia es para los artistas y creadores no sólo una responsabilidad, sino sobre todo un compromiso ético. Si los verdaderos testigos ya no pueden testimoniar (ya que el "verdadero testigo", el "testigo integral" de acuerdo con Agamben, es quien ha muerto) les corresponde al arte y a la cultura convertirse en su voz, darles palabras e imágenes que eviten que sus nombres, sus historias, sus rostros, sean olvidados. Y a la vez buscar así que los crímenes no queden impunes. En este sentido construyen, a través de las obras artísticas y literarias, archivos marginales o no convencionales que permiten, como bien

nos enseñó Michel Foucault, registrar el pasado –aun el más inmediato– para resignificarlo en el presente. Muchas veces no queda ningún registro legal de las historias del horror, y sólo el arte y su trabajo de simbolización pueden sentar las bases de la memoria social. Nombrar a las víctimas, darles historia, raíces, memoria, ésa es su función. Si el castigo es siempre arrebatarnos la identidad, al grado de desollarlas o mutilarlas para que no puedan ser identificadas, el nombrar es un acto de humanidad, de justicia, de piedad. Sólo así podremos ir tejiendo la trama sutil que permita rodear lo innombrable, y llevar a cabo, entonces, la ceremonia de bautizo y entierro, nacimiento y duelo, exigencia de justicia y análisis comprometido que los muertos y los vivos reclaman.

3.

Una mujer se forma. En silencio, con un traje oscuro y el rostro surcado por las huellas de la desesperanza. Otras como ella también están allí. Esa mujer es poeta, y así lo cuenta en el prólogo del desgarrador poema llamado “Requiem”:

“En los terribles años de Yezhov hice fila durante diecisiete meses delante de las cárceles de Leningrado. Una vez alguien me ‘reconoció’. Entonces una mujer que estaba detrás de mí, con el frío azul en los labios y que, evidentemente, nunca había oído mi nombre, despertó del desasosiego habitual en todas nosotras y me preguntó al oído (allí todas hablábamos entre susurros): -¿Y usted puede describir esto? Y yo dije: -Puedo. Entonces algo similar a una sonrisa se asomó en lo que una vez había sido su rostro.”

Por supuesto, estoy hablando de Anna Ajmátova. “Quisiera mencionarlos a todos por su nombre” –escribió. Nombrarlos a todos dice nuestra propia Antígona. Para recordarlos, para darles un nombre, para que no nos obliguen a olvidar que el que murió tenía una

vida, hijos, sueños. Porque es el nuestro un continente de Antígonas; un continente en el que la ley del Estado es responsable de las muertes, de los cuerpos que quedan en el camino, de cientos de miles de asesinados, de cientos de miles de humillados y ofendidos. Frente a esto, la ley de la sangre asume una vez más la responsabilidad de nombrar a esos muertos, de devolverles el rostro y la memoria, y entonces sí, de enterrarlos.

4.

Los escritores -narradores, ensayistas, poetas, periodistas- a la pregunta que les está haciendo una parte importante de la sociedad: “¿Ustedes pueden describir esto?”, responden “Podemos”. Estamos hablando de la construcción de una ética y una política de la memoria.

“¿Para qué poetas en tiempos de penurias?”, se preguntaba Hölderlin. Para qué poetas cuando el mapa de México es este fulgor de sangre, este aire desgarrado, estos huesos sembrados en tierra de nadie, arrebatados a su nombre y a su historia. Vivimos en la sociedad de la desmemoria; en un momento en que las noticias atroces son tantas que no profundizan las heridas sino que parecen volvernos inmunes al horror. Setenta y dos migrantes en San Fernando, Tamaulipas, cuarenta y tres estudiantes en Ayotzinapa, cuarenta y nueve niños en la guardería ABC, casi mil mujeres asesinadas en Ciudad Juárez, cien mil muertos, treinta mil desaparecidos, seiscientos mil desplazados. Los números cambian -ascienden y descienden según quien los enuncie, mientras el presidente sigue sosteniendo que “bajan las cifras de violencia en el país”-, se enciman, se superponen, y se vuelven así borrosos, confusos, pierden densidad. ¿Cómo detener-nos y dejar que el dolor de los demás -como lo llama Susan Sontag- deje su huella en nuestra piel?

En este contexto, el periodismo crítico juega un papel importantísimo en la construcción de la memoria colectiva. No por nada nuestro país es uno de los más peligrosos del mundo para los periodistas. La Federación Internacional de Periodistas lo coloca en tercer lugar, después de Irak y Afganistán. (Revista Proceso) Los últimos (o quizás ya los penúltimos crímenes fueron los de Miroslava Breach en Chihuahua y Ricardo Monlui en Veracruz (uno de los estados con mayor número de periodistas asesinados). Quisiera detenerme en un par de proyectos periodísticos en torno al crimen de los 72 migrantes en San Fernando, Tamaulipas.

“El 24 de agosto de 2010, la Secretaría de Marina informó del hallazgo de 72 cadáveres en un rancho-bodega abandonado en el municipio de San Fernando, en Tamaulipas asesinados por el grupo criminal Los Zetas. Eran 58 hombres y 14 mujeres, todos migrantes que perseguían sus sueños cruzando México hacia Estados Unidos. Tenían las manos amarradas y un tiro de gracia. Fueron abandonados por el estado que no los protegió en su camino. Fueron asesinados por criminales en complicidad con policías. Fueron borrados por el Estado al que no le interesó identificarlos y devolverlos a sus familias.” (“Más de 72”)

Esta información está tomada de la página de Periodistas de a Pie, uno de los grupos más activos y comprometidos en términos de denuncia y construcción de la memoria social.

En el caso de la investigación sobre el tema que nos ocupa crearon un micrositio dentro de su página llamado “Más de 72”: “Más de 72 es un sitio de investigación periodística sobre las masacres de migrantes en México. Es un intento de comisión de la verdad en tiempo real que plantea las preguntas que no han respondido las autoridades y devela los mecanismos de la impunidad que permiten que el horror continúe: las inconsistencias de las versiones oficiales de los hechos, el encubrimiento a funcionarios involucrados, los

*vacíos judiciales, los malos procedimientos forenses y las violaciones de los derechos de las víctimas al reconocimiento, a la justicia, a la verdad y a la reparación.” Aparece claramente en esta presentación un elemento que me gustaría destacar: los archivos mexicanos del horror (del periodismo, del arte y de la cultura) se construyen mientras la violencia sigue presente; esto les da un carácter fundamental de denuncia y militancia que busca suplir la ineficiencia y/o corrupción de las instancias oficiales a cargo de la justicia. No buscan sólo preservar la memoria, sino hacer de ésta una **memoria militante**. De ahí que los elementos que se desataquen especialmente sean las fuentes y sus distintas versiones. La página puede ser leída casi como una novela polifónica. Una suerte de “Rashomon” a la mexicana que provoca escalofríos.*

Por último quisiera referirme al que es seguramente el proyecto más conocido en nuestro contexto sobre el crimen de San Fernando. Me refiero al altar virtual 72migrantes.com

Un proyecto que “nació en medio de la angustia que surgió en tantos intelectuales, escritores, músicos y reporteros mexicanos con la noticia de la masacre ocurrida en el norte del estado de Tamaulipas, en agosto de 2010. En un país de migrantes, las víctimas –extranjeras todas– fueron asesinadas por personas que aún no han sido identificadas y en circunstancias que siguen siendo un misterio; pero que sabemos son mexicanas.” En un intento de hallar consuelo, la periodista Alma Guillermoprieto tuvo la idea de hacer un “altar virtual” y convocar a setenta y dos escritores a sumarse con un texto sobre cada una de las víctimas, así como a fotógrafos, diseñadores y músicos. En él participan autores de la talla de Juan Villoro, Elena Poniatowska, Roger Bartra, Frank Goldman, Myriam Moscona y Jorge Volpi, entre otros. Entre los fotógrafos están Moisés Castillo, Javier García, Francisco Mata Rosas, Eniac Martínez y Pedro Valtierra. En el proyecto participaron también músicos (la música puede descargarse desde la página),

diseñadores, dibujantes. La Editorial Almadía, por su parte, lo publicó en forma de libro con un prólogo de Gael García Bernal, destinando el dinero generado por las ventas a las asociaciones de apoyo a los migrantes. Y Radio UNAM convirtió cada uno de los 72 textos en una cápsula radiofónica a la que se llamó “ofrenda sonora” (se puede escuchar el podcast).

Éstos son hoy nuestros archivos. Quizás los únicos confiables. Los poemas de David Huerta, de María Rivera, de Javier Sicilia. Las novelas de Emiliano Monge, de Antonio Ortuño, de Alejandro Hernández. Los libros de investigación de Sergio González Rodríguez, de Emiliano Ruiz Parra, de Marcela Turati, de Diego Enrique Osorno. Las instalaciones de Teresa Margolles, o las fotografías de Lourdes Almeida. Y las obras de tantos otros artistas, intelectuales, creadores de todo tipo que construyen cotidianamente los archivos de nuestra propia memoria del horror, trenzando de manera indisoluble ética, estética y política.

“¿Ustedes pueden describir esto?”. “Podemos”.

Nombrarlos a todos para decir: este cuerpo podría ser el mío. El cuerpo de uno de los míos. Para no olvidar que todos los cuerpos sin nombre son nuestros cuerpos perdidos. Me llamo Antígona González y busco entre los muertos el cadáver de mi hermano.

Referencias biblio-hemerográficas

Ajmátova, Anna. “Réquiem” en Breve antología, México: UNAM (Material de Lectura, Serie Poesía Moderna núm. 34), 2008.

Guillermoprieto, Alma, et al. 72 migrantes, Oaxaca: Editorial Almadía, 2011.

Revista Proceso, "México es tercer lugar mundial de periodistas asesinados en 2016", 31 de diciembre de 2016 <http://www.proceso.com.mx/468158/mexico-tercer-lugar-mundial-periodistas-asesinados-en-2016-fip>

Rodríguez Moya, Daniel, "La bestia" <https://www.danielrodriguezmoia.com/la-bestia/>

Sontag, Susan. Ante el dolor de los demás. Buenos Aires: Alfaguara, 2003.

Uribe, Sara. Antígona González, Oaxaca: Sur+ ediciones, 2012.